

«El Viaducto», de Darío Osés

Habla de Balmaceda para hablar de Allende

Por Raquel Olea

Entre los autores y autoras chilenos que conforman la llamada «nueva narrativa» se distinguen escrituras definidas por variados aspectos: el segmento de lectores a quienes se dirigen, el cultivo de un género específico, la localización de sus espacios narrativos, temáticas recurrentes. Las diferencias conforman un público lector también diferenciado.

Marcela Serrano es leída mayoritariamente por mujeres. Alberto Fouquet escribe para jóvenes de las nuevas clases chilenas. Luis Sepúlveda cultiva el realismo mágico patagónico. Hernán Rivera escribe la nostalgia del abandonado mundo de las minas neotinas. Ramón Díaz Eterovic se ha constituido en autor de novela negra. Gonzalo Contreras construye personajes huidos de sí mismo, en lo cambiante de ciudades que se transforman. Diamela Eltit configura su escritura en relatos que interrogan poderes e identidades. Y autores como Carlos Cerda y Germán Marín buscan construir memoria al narrar acontecimientos recientes de nuestra historia.

La «nueva narrativa» ha instalado géneros, ha constituido autores, ha configurado un público lector que, en flujo mercadista bien acoplado reifica el éxito de la industria editorial chilena.

En este contexto, el reconocimiento literario se constituye antes por la presencia en ranking de ventas que por las apreciaciones críticas, volviendo dominante el consumo cuantitativo como constitución del «éxito» de una obra.

Preguntarse por el lector, por su deseo de lectura, podría dar respuestas para entender la mayor o menor recepción de ciertos autores y sus obras: ¿qué quieren leer los chilenos y chilenas de hoy?, ¿dónde y cómo construyen sus fantasías de la lectura?, ¿qué busca y qué espera el lector en una novela actual?

Se ha especulado acerca de un lector que desea entretenerse, escuchar narraciones, cuentos, ficciones de nuestra propia realidad, otra cambiante, distinta a la de la novela del boom y post-boom; de la necesidad de simbolizar el pasado reciente, de construir -o resistir- en las ficciones los signos de una identidad globalizada.



Me hago esta pregunta cuando termino de leer «El Viaducto» (Planeta, Santiago, 1994), tercera novela de Darío Osés, premiada por la Academia de la Lengua, pensando que su escritura apela a un lector reflexivo, un lector que busca entender la historia, padecerla y gozarla; que alejado del espíritu actual (light) pueda incorporar una pregunta por la derrota como signo constituyente de la complejidad de la historia y de la propia vida.

¿Qué dice hoy en Chile una novela como «El Viaducto», que habla de Balmaceda para hablar de Allende? Una narración que recurre a otro nombre para convocar el fantasma innombrable de un símbolo aún no constituido de la historia reciente. Pregunta por el relato ilegible de la Unidad Popular.

«El Viaducto» abre interrogantes a la historia, a la constitución de la subjetividad social, en el transcurso de experiencias que han marcado la sociedad chilena. Su escritura exige el re-conocimiento de la memoria como saber de la actualidad.

El relato se inicia con la incertidumbre

política de un viejo militante de izquierda desencantado de su vida. Su permanente cesantía lo conduce a la escritura y la actuación en una telereserie referida a la época de Balmaceda: «En Medio de la Muerte». La filmación cruza y hace converger épocas para transformarse en guión de la actualidad narrada.

La lectura transcurre conducida por un doble relato que paulatinamente se funde en uno por la disolución del tiempo que los separa. La construcción del sentido único de dos momentos de la historia de Chile convergen en una interrogante por la derrota como signo de lo actual.

El guión del pasado ingresa en la escritura del presente para constituirlo, para significar con su huella el signo de una ausencia acechante. Presencia-ausencia del presidente Balmaceda, presencia-ausencia del presidente Allende. La novela no busca identificarlos ni constituirlos en personajes del relato, sino articular la utopía del cambio social a un proyecto colectivo que se juega en la trama de las subjetividades, los sentimientos y la política de un momento histórico.

El presidente Balmaceda y el presidente Allende (quien es nombrado una sola vez en las 280 páginas de la novela) recorren fantasmáticamente el escenario de la novela fundiendo en un solo símbolo la figura martirizada del líder previamente derrotado: utópico.

Mártir político que al cerrar una historia abre otra. Es el significado que Osés otorga a las palabras del testamento político de Balmaceda con que se cierra la novela, pero en las que escuchamos las mismas palabras que Allende dijera «En Medio de la Muerte» en el bombardeo de La Moneda: «Si nuestra bandera, encarnación del gobierno del pueblo verdaderamente republicano, ha caído ensangrentada en los campos de batalla, será levantada de nuevo, en un tiempo no lejano...». Fin de la telereserie, fin de la Unidad Popular, derrota de la utopía. La novela de Darío Osés construye su restitución a la memoria histórica, al imaginario social.

Hablar de Balmaceda para hablar de Allende [artículo]

Raquel Olea.

Libros y documentos

AUTORÍA

Olea, Raquel

FECHA DE PUBLICACIÓN

1997

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Hablar de Balmaceda para hablar de Allende [artículo] Raquel Olea. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile